

## LA SUITE NUPCIAL

LLEGARON A SHERMAN, CONNECTICUT, un frío día en el que se escuchaba el crujido y susurro de las hojas y todo a su alrededor parecía estar invadido por la herrumbre. Aparcaron el Córdoba de alquiler junto a las escaleras de entrada a la casa y salieron del coche. Peter abrió el maletero y sacó el equipaje; eran maletas nuevas y todavía llevaban las etiquetas con el precio de los grandes almacenes Macy's de White Plains. Jenny esperaba arropada bajo su abrigo de piel de oveja, sonriente y temblorosa. Era un sábado, a media tarde, y eran una pareja de recién casados.

La casa se erguía silenciosa entre árboles sin hojas, con listones de madera horizontales blancos. Era un viejo edificio colonial, de alrededor de 1820, con barandillas pintadas de negro, un viejo farol de carruaje sobre la puerta y una terraza pavimentada con losas de piedra. Alrededor se extendían silenciosos bosques de árboles desnudos y salientes rocosos. Había una pista de tenis abandonada, con una red que colgaba lacia de unos postes oxidados. Un cortacésped herrumbroso, invadido por la hierba, estaba donde lo había dejado olvidado un jardinero, en tiempos olvidados hace ya muchos años.

Reinaba un profundo silencio. Hasta que no se está en total quietud en Sherman, Connecticut, en un crujiente día de otoño, no se sabe lo que es el silencio. Y, de repente, una leve brisa y de nuevo el tenue revuelo de hojas muertas.

Se dirigieron a la entrada principal, Peter llevaba las maletas. Miró a su alrededor en busca de un timbre, pero no había ninguno. —¿Por qué no llamas a la puerta? —sugirió Jenny.

—¿Con esa cosa? —dijo Peter sonriendo.

Sobre la puerta pintada de negro había un llamador de latón oxidado con la forma de una criatura aullante, con cuernos y dientes y una mueca fiera. Peter lo agarró con cautela y tocó tres veces con golpes huecos. Estos resonaron en el interior de la casa, por los pasillos ocultos y los silenciosos vestíbulos. Peter y Jenny esperaron, sonriéndose el uno al otro con un gesto tranquilizador. Después de todo, habían hecho la reserva. No había ninguna duda de que habían hecho la reserva.

No hubo respuesta.

—Deberías llamar con más fuerza. Déjame probar —dijo Jenny.

Peter llamó con más fuerza. Los ecos retornaron secos y sin respuesta alguna. Esperaron dos, tres minutos más. Peter miró a Jenny y dijo:

—Te amo. ¿Lo sabes?

Jenny se puso de puntillas y le besó.

—Yo también te amo. Te amo más que a un barril lleno de monos.

Las hojas crujieron bajo sus pies y seguía sin aparecer nadie en la puerta. Jenny cruzó el jardín delantero hacia la ventana del salón y miró dentro ahuecando la mano sobre los ojos. Era una chica pequeña, medía apenas un metro sesenta centímetros de altura, de cabello largo y rubio y un delgado rostro ovalado. Peter pensaba que era como una de las musas de Botticelli, una de aquellas criaturas divinas que flotan a dos centímetros del suelo envueltas en ropajes diáfanos mientras tañen harpas. De hecho, era una joven *encantadora*. Su físico era encantador y su personalidad era encantadora, pero poseía a su vez cierta ironía que hacía que sus encantos fueran aún más deliciosos. La había conocido en un vuelo de las Eastern Airlines de Miami a La Guardia. Él volvía de unas vacaciones y ella había estado visitando a su padre jubilado. Se enamoraron y vivieron tres meses de hermosos días que les parecieron de película, de escenas desenfocadas de baños y picnics en la hierba y de carreras a

cámara lenta atravesando la General Motors Plaza mientras las palomas revoloteaban a su alrededor y los viandantes se giraban para mirar.

Él era editor en Manhattan Cable TV. Alto, de aspecto saludable y dado a llevar suéteres tejidos a mano con mangas anchas. Fumaba Parliament, le gustaba Santana y vivía en el campo rodeado de mil LPs, con un gato gris aficionado a destrozarle las alfombras, las plantas y las campanas móviles de viento. Adoraba las viñetas de Doonesbury y jamás sospechó cuánto se parecía en realidad a él mismo.

Algunos amigos les habían dado una bolsa de plástico llena de hierba y una tarta de nueces de la Panadería Yum-Yum como regalos de boda. Su padre, un hombre afable y de cabello blanco, les había regalado tres mil dólares y una cama de agua.

—Esto es una locura —dijo Peter—. ¿Hemos reservado alojamiento en este lugar sí o sí?

—Parece desierto —exclamó Jenny desde la pista de tenis.

—Parece más que desierto —se quejó Peter—. Parece totalmente en ruinas. Cenas *Cordon bleu*, decían en el *Connecticut*. Camas confortables y todos los extras. Más bien parece el castillo de Frankenstein.

De repente, Jenny le llamó desde algún lugar:

—Hay alguien aquí. En la terraza de atrás.

Peter dejó las maletas y la siguió bordeando la casa. En los árboles que rodeaban la vivienda pajarillos negros y blancos revoloteaban y trinaban. El joven bordeó las deterioradas redes de la pista de tenis y entonces vio a Jenny de pie junto a una tumbona. En la tumbona había una mujer de pelo cano dormida y tapada con una manta de tartán. Sobre la hierba y junto a la anciana había un ejemplar del periódico de New Milford cuyas hojas se habían volado con el viento.

Peter se inclinó sobre la mujer. Observó su rostro huesudo y de expresiones marcadas y pensó que en su juventud debió de ser una mujer bonita. Tenía la boca ligeramente entreabierta mientras

dormía y Peter vio que movía los ojos bajo los párpados cerrados. Debía de estar soñando algo.

—¿Señora Gaylord? —dijo, mientras la sacudía ligeramente.

—¿Crees que está bien? —preguntó Jenny.

—Oh, está perfectamente —le dijo—. Probablemente se quedó dormida mientras leía. ¿Señora Gaylord?

La mujer abrió los ojos. Miró a Peter durante unos segundos con una expresión que él no pudo descifrar, una expresión curiosa y de sospecha, pero entonces, repentinamente, se incorporó y se frotó el rostro con las manos y dijo:

—¡Oh, vaya! ¡Por Dios! Creo que debo de haberme quedado traspuesta durante un rato.

—Eso parece —respondió Peter.

La mujer dobló la manta y se levantó. Era más alta que Jenny, pero no mucho, y bajo el sobrio vestido gris que llevaba su cuerpo parecía tan delgado como una escoba. Cuando se acercó a ella, Peter detectó un aroma a violetas, aunque era un aroma rancio, como si las violetas hubieran muerto hace mucho tiempo.

—Ustedes deben ser el señor y la señora Delgordo —dijo la mujer.

—Así es. Acabamos de llegar. Hemos llamado a la puerta, pero nadie ha respondido. Espero que no le moleste que la hayamos despertado de esta manera.

—En absoluto —replicó la señora Gaylord—. Deben pensar que soy una anfitriona terrible por no estar lista para recibirles. Además, son recién casados. Enhorabuena. Parecen estar muy felices juntos.

—Así es —respondió Jenny sonriendo.

—Bien, será mejor que entren. ¿Tienen mucho equipaje? Mi ayudante ha tenido que marcharse esta tarde a New Milford a comprar unos fusibles de cristal. Mucho me temo que esta es una época del año muy caótica. No tenemos muchos huéspedes después del Rosh Hashaná.

Les condujo hacia la casa. Peter miró a Jenny y se encogió de hombros, pero Jenny se limitó a responderle con una mueca.

Avanzaron detrás de la esquelética espalda de la señora Gaylord por el descuidado césped y atravesaron la puerta de un invernadero donde una descolorida mesa de billar acumulaba polvo y fotografías amarillentas y enmarcadas colgaban junto a trofeos náuticos y estandartes universitarios. Pasaron por una serie de sucias puertas acristaladas de camino al salón, oscuro, húmedo y enorme, con dos viejas chimeneas tapadas y unas escaleras con barandillas. Todas las paredes estaban recubiertas de paneles de madera, el suelo de parqué y las ventanas de polvorientas cortinas. Tenía más aspecto de una vivienda privada descuidada que de un «refugio de fin de semana *cordon bleu* para parejas sofisticadas».

—¿Hay... alguien más aquí? —preguntó Peter—. Quiero decir, ¿hay más huéspedes?

—Oh, no —sonrió la señora Gaylord—. Están totalmente solos. Este lugar suele estar muy solitario en esta época del año.

—¿Podría mostrarnos nuestra habitación? Puedo subir yo mismo las maletas. Hemos tenido un día demasiado duro entre una cosa y otra.

—Por supuesto —contestó la señora Gaylord—. Recuerdo el día de mi propia boda. Estaba deseando llegar aquí y tener a Frederick para mí sola.

—¿Pasó usted su noche de bodas aquí? —preguntó Jenny.

—Oh, sí. En la misma habitación donde pasarán la suya. La llamo la suite nupcial.

—¿Está Frederick... quiero decir, el señor Gaylord...? —preguntó Jenny.

—Falleció —dijo la señora Gaylord. Sus ojos brillaron al recordarlo.

—Lo siento —contestó Jenny—. Pero supongo que todavía le queda su familia. Sus hijos.

—Sí —sonrió la señora Gaylord—. Son todos unos chicos estupendos.

Peter recogió el equipaje de la escalera de entrada y la señora Gaylord los condujo por la escalera interior a la segunda planta del

edificio. Pasaron unos aseos sombríos con bañeras de patas de hierro forjado y ventanas color ámbar. Pasaron por dormitorios con camas sin deshacer y persianas bajadas. Pasaron por una habitación de costura en la que había una silenciosa máquina de coser de pedal de esmalte negro e incrustaciones de madreperla. Hacía un poco de frío y las tablas del suelo crujieron bajo sus pies mientras se dirigían a la suite nupcial.

La habitación donde iban a alojarse era de techo alto y muy amplia. Desde allí se veía la parte delantera de la casa, con su camino de entrada y remolinos de hojas, y también la parte trasera, y más allá el bosque. Había un pesado armario de roble tallado y la cama era de cuatro postes de madera con forma de espirales retorcidas y cortinas de pesado brocado. Jenny se sentó en la cama, dio unas palmadas sobre la superficie y dijo:

—Es un poco dura, ¿no cree?

La señora Gaylord desvió la mirada. Parecía estar pensando en otra cosa. Finalmente dijo:

—La encontrará sumamente confortable cuando se acostumbre. Peter dejó las maletas en el suelo.

—¿A qué hora servirá la cena esta noche? —preguntó.

La señora Gaylord no le contestó a él directamente, sino que se dirigió a Jenny.

—¿A qué hora les gustaría? —preguntó.

Jenny lanzó una mirada a Peter.

—Estaría bien sobre las ocho —dijo.

—Muy bien. La tendré preparada para las ocho —respondió la señora Gaylord—. Mientras tanto, acomódense en su alojamiento. Y si quieren algo no duden en llamarme. Siempre estoy a mano, aunque en ocasiones me duerma.

Dedicó a Jenny una afable sonrisa y a continuación, y sin decir nada más, abandonó el cuarto cerrando la puerta suavemente al salir. Peter y Jenny esperaron unos instantes en silencio hasta que oyeron los pasos de la mujer alejándose por el pasillo. Entonces

Jenny se lanzó a los brazos de Peter y se besaron. Era un beso que significaba muchas cosas: cosas como te quiero, gracias, y no importa lo que digan todos, lo hicimos, por fin nos casamos, y estoy feliz.

Él desabotonó su vestido de lana gris de viaje. Lo retiró de su hombro y le besó el cuello. Ella le despeinó el cabello con los dedos y susurró:

–Siempre imaginé que sería exactamente así.

–Mmm –replicó él.

El vestido cayó a los tobillos. Debajo llevaba un sujetador rosa transparente a través del cual se apreciaba la oscuridad de sus pezones y unas braguitas pequeñas transparentes. Peter deslizó la mano bajo el sujetador y pellizó sus pezones hasta que se arrugaron y endurecieron. Ella le abrió la camisa y estiró el brazo para acariciarle la espalda desnuda.

La tarde otoñal pareció desvanecerse. Abrieron la colcha de la vieja cama de cuatro postes y después, desnudos, se escurrieron bajo las sábanas. Él besó la frente de la joven, sus párpados cerrados, su boca, sus pechos. Ella besó su musculoso y estrecho pecho, su vientre plano.

Tras la oscuridad de sus párpados cerrados, ella escuchó su respiración, suave, urgente y ardiente. Se tumbó de lado dándole la espalda y sintió que le separaba las piernas por detrás. Él jadeaba cada vez con más fuerza, como si estuviera corriendo un maratón, o luchando contra algo.

–Qué excitado estás, Dios mío, pero me encanta –murmuró ella.

Sintió que la penetraba. No estaba preparada y, debido a su inusual sequedad, tampoco él. Pero lo notaba tan grande y ansioso que el dolor también era placer, e incluso cuando gemía de dolor temblaba de placer. Él se sacudió una y otra vez y ella dejó escapar un grito, y todas las fantasías con las que siempre había soñado explotaron ante sus ojos cerrados: fantasías de violaciones llevadas a cabo

por brutales vikingos con armaduras de metal y muslos desnudos, fantasías de ser obligada a mostrarse desnuda ante lascivos emperadores y extraños harenes, fantasías de ser violada por un semental negro de radiante pelaje.

Él se mostraba tan fiero y viril que la anuló y ella se perdió en una explosión de amor y éxtasis. Le llevó varios minutos recuperarse, minutos marcados por un reloj de pared de madera de pino pintada que no cesaba de hacer tictac lentamente, como el polvo que cae en una habitación sin aire.

—Has estado fantástico —susurró ella—. No sabía que te gustara de esta manera. Sin duda, la boda te ha sentado de maravilla.

No recibió ninguna respuesta.

—¿Peter? —dijo ella.

Se volvió y él no estaba allí. En la cama no había nadie más, a excepción de ella. Las sábanas estaban arrugadas, como si Peter hubiera estado echado allí, pero no había rastro de él.

—¿Peter? ¿Dónde estás? —preguntó con voz trémula. Pero tan sólo le respondió el silencio, punteado por el reloj.

Se incorporó en la cama con los ojos muy abiertos.

—¿Peter? ¿Estás ahí? —dijo tan quedamente que nadie más habría podido oírla.

Volvió la vista al otro extremo del cuarto, hacia la puerta entreabierta del baño. Los últimos rayos de sol caían sobre el suelo de la habitación. Fuera, en los terrenos de la casa, pudo oír las hojas agitando y el débil y lejano ladrido de un perro.

—Peter... si se supone que esto es una broma...

Se levantó de la cama. Se pasó la mano entre las piernas y notó que tenía los muslos húmedos por el sexo que acababa de disfrutar. Nunca antes había notado que él la llenara con una cantidad tan grande de semen. Había tanto que se deslizó por el interior de su pierna hasta la alfombra. Levantó la mano, con la palma hacia arriba, y la observó desconcertada y con el ceño fruncido.

Peter no estaba en el baño. No estaba bajo la cama, ni escondido



bajo la colcha. No estaba detrás de las cortinas. Le buscó con una tenacidad angustiada y perpleja, a pesar de que sabía que no estaba allí. Sin embargo, tras diez minutos de búsqueda se dio por vencida. Él se había ido. De alguna manera, y misteriosamente, había desaparecido. Se sentó en el borde de la cama y no supo si reír nerviosamente por la frustración o chillar furiosa. Debía de haberse ido a alguna parte. Pero no había oído que la puerta se abriera y cerrara, y tampoco oyó sus pasos. Así que, ¿dónde estaba?

Se volvió a vestir y salió a buscarlo. Registró todas las habitaciones del piso superior, incluyendo la oficina y los cuartos trasteros. Incluso desplegó la escalera del ático y echó un vistazo allí arriba, pero lo único que guardaba la señora Gaylord en aquel lugar eran viejos cuadros y un carrito de bebé roto. Allí arriba, con la cabeza asomada por la trampilla del ático, pudo escuchar el crujido de las hojas a kilómetros de distancia. Entonces volvió a llamarlo angustiada: «¿Peter?», pero no recibió ninguna respuesta, por lo que bajó las escaleras.

Finalmente, llegó a uno de los invernaderos del piso de abajo. La señora Gaylord estaba sentada en una silla de mimbre leyendo un periódico y fumando un cigarrillo. El humo flotaba y se enroscaba en la moribunda luz del día. Sobre la mesa junto a ella había una taza de café en cuya superficie se había formado una capa arrugada.

—Hola —dijo la señora Gaylord, sin volver la cabeza—. Han bajado pronto. No les esperaba hasta más tarde.

—Ha ocurrido algo —dijo Jenny.

De repente, la joven se dio cuenta de que estaba luchando por no romper a llorar.

La señora Gaylord se volvió entonces.

—No la entiendo, querida. ¿Se han peleado?

—No lo sé. Pero Peter se ha ido. Simplemente ha desaparecido. Lo he buscado por toda la casa y no lo encuentro en ningún sitio.

La señora Gaylord bajó la mirada.

—Comprendo. Qué mala suerte.

—¿Mala suerte? ¡Es terrible! ¡Estoy muy preocupada! No sé si debo llamar a la policía o no.

—¿La policía? No creo que sea necesario. Probablemente se trate de un momento de abatimiento y simplemente haya salido a dar un paseo a solas. Los hombres en ocasiones se sienten de esa manera cuando acaban de casarse, es una queja generalizada.

—Pero ni tan siquiera he oído que saliera del cuarto. Estábamos... bueno, estábamos descansando en la cama juntos y de repente vi que no estaba allí.

La señora Gaylord se mordió los labios, como si estuviera reflexionando.

—¿Está segura de que estaban sobre la cama? —preguntó.

Jenny la miró acalorada y se ruborizó.

—Estamos casados, ya sabe. Nos hemos casado hoy.

—No me refería a eso —dijo la señora Gaylord abstraídamente.

—Entonces no sé a lo que se refiere.

La señora Gaylord alzó la mirada y salió de su ensimismamiento momentáneo. Ofreció a Jenny una sonrisa tranquilizadora y la tomó de la mano.

—Estoy segura de que no le ha ocurrido nada malo —dijo—. Habrá decidido salir a tomar un poco de aire fresco. Eso es todo. Nada malo en absoluto.

—¡Pero no abrió la puerta, señora Gaylord! —le espetó Jenny—. ¡Simplemente se desvaneció!

La señora Gaylord frunció el ceño.

—No es necesario que me ladre, querida. Si está teniendo algunas complicaciones con su nuevo marido, ¡sin duda alguna no es mi culpa!

Jenny estaba a punto de responderle a gritos, pero se cubrió la boca con una mano y se dio media vuelta. No servía de nada ponerse histérica. Si Peter simplemente se había largado y la había abandonado, entonces no sabía por qué lo había hecho; y si había desaparecido misteriosamente, entonces la única opción razonable era

registrar la casa cuidadosamente hasta encontrarlo. Sintió que se apoderaba de ella el pánico y un sentimiento que no había experimentado desde hacía mucho tiempo: la soledad. Pero se quedó inmóvil, con la mano pegada a la boca hasta que aquella sensación se desvaneció, y entonces dijo calmadamente a la señora Gaylord, sin volverse hacia ella:

–Lo siento. Estaba asustada, eso es todo. No se me ocurre dónde puede haber ido.

–¿Quiere echar un vistazo por la casa? –preguntó la señora Gaylord–. Hágalo si lo desea.

–Sí, creo que me gustaría hacerlo, si no le importa.

–Incluso le ayudaré a buscarlo, querida –dijo la señora Gaylord levantándose de su asiento–. Estoy segura de que debe sentirse muy alterada.

Ocuparon la siguiente hora yendo de una habitación a otra, abriendo y cerrando puertas. Pero a medida que la oscuridad fue haciéndose más espesa sobre los terrenos de la casa y el bosque circundante, y el frío viento nocturno comenzaba a soplar, tuvieron que admitir que, estuviera donde estuviese Peter, desde luego no estaba oculto o escondido en el interior de la casa.

–¿Quiere que avisemos a la policía? –preguntó la señora Gaylord. Ambas estaban de pie en el salón, ahora en penumbra. Los troncos llameantes de la antigua chimenea habían quedado reducidos a un montón de cenizas blancas. Fuera, el viento aullaba entre las hojas y hacía repiquetear las molduras de las ventanas.

–Creo que será lo mejor –dijo Jenny. Se sentía vacía, impactada y apenas capaz de pronunciar nada coherente–. Creo que también me gustaría llamar a algunos amigos de Nueva York, si no le importa.

–Adelante. Yo comenzaré a preparar la cena.

–En realidad no tengo ganas de comer nada. No hasta que sepa algo de Peter.

–Si se ha marchado realmente –contestó en voz baja la señora Gaylord con el rostro oculto en la penumbra–, va a tener que acos-

tumbrarse a ello, querida, y el mejor momento para empezar es ahora.

Antes de que Jenny pudiera responderle, la mujer desapareció por la puerta del salón y por los pasillos se dirigió a la cocina. Jenny vio una caja de cigarrillos de ébano con incrustaciones en una mesilla y por primera vez desde hacía tres años tomó un cigarrillo y lo encendió. Le supo soso y repugnante, pero tragó el humo y lo retuvo con los ojos cerrados por la angustia y el aislamiento que la embargaban.

Llamó a la policía. Fueron corteses y serviciales y le prometieron ir a verla por la mañana, si todavía Peter seguía sin aparecer. Sin embargo, debían advertirle de que era un adulto y por lo tanto libre de marcharse donde quisiera, incluso si ello significaba que la había abandonado la noche de bodas.

Pensó en llamar a su madre pero, tras marcar el número y escuchar el primer tono, colgó el teléfono. La humillación de que Peter la hubiera abandonado era demasiado grande en ese momento para compartirla con su familia o sus amigos más cercanos. Sabía que en cuanto escuchara la voz consoladora de su madre rompería a llorar. Aplastó el cigarrillo e intentó pensar a quién más podía llamar.

El viento cerró de golpe una puerta del piso superior y dio un respingo nervioso.

La señora Gaylord regresó poco después con una bandeja. Jenny estaba sentada delante del fuego moribundo, fumando su segundo cigarrillo e intentando refrenar las lágrimas.

—He hecho una sopa de pimienta de Filadelfia y he preparado un par de filetes al estilo Nueva York —dijo la señora Gaylord—. ¿Le gustaría comer delante de la chimenea? Reavivaré el fuego para usted.

Durante su cena improvisada, Jenny permaneció en silencio. Logró tomar un poco de sopa, pero el filete se le atragantaba y no fue capaz de comérselo. Lloró durante unos minutos y la señora Gaylord la observó atentamente.

—Lo siento —dijo Jenny limpiándose las lágrimas.

—No lo sienta. Entiendo demasiado bien por lo que usted está pasando. Perdí a mi marido, ¿recuerda?

Jenny asintió en silencio.

—Creo que sería mejor que esta noche se trasladase al pequeño dormitorio —sugirió la señora Gaylord—. Se sentirá más cómoda allí. Es una estancia pequeña y acogedora, justo en la parte trasera.

—Gracias —susurró Jenny—. Creo que lo prefiero.

Se sentaron delante del fuego hasta que los nuevos troncos se consumieron completamente y el reloj de pie en el pasillo dio las dos de la mañana. Entonces, la señora Gaylord recogió los platos y subieron por las oscuras y quejumbrosas escaleras. Entraron en la suite nupcial para recoger la maleta de Jenny y durante unos segundos esta miró con tristeza la maleta de Peter y sus ropas tiradas en el suelo, donde él mismo las había dejado.

—*¡Su ropa!* —exclamó súbitamente.

—¿Qué ocurre, querida?

—No sé por qué no se me ha ocurrido antes —dijo la joven, sonrojándose—. Si Peter se ha ido, entonces, ¿qué lleva puesto? Su maleta no está abierta y sus ropas están aquí tiradas justo donde él las dejó. Estaba *desnudo*. Jamás saldría desnudo una noche tan fría como esta. Sería una locura.

La señora Gaylord bajó la mirada.

—Lo siento, querida. Simplemente no sabemos lo que ha podido ocurrir. Hemos buscado por toda la casa, ¿no es así? Tal vez se puso un albornoz. Hay algunos colgados tras la puerta.

—Peter jamás haría algo así.

—Mucho me temo que no puede decir lo que Peter haría o no haría. Él lo ha *hecho* —replicó la señora Gaylord mientras pasaba un brazo por los hombros de la joven—, fueran cuales fuesen sus motivos o el lugar donde haya ido.

—Sí, supongo que tiene razón —contestó Jenny en voz baja.

—Será mejor que duerma un poco —dijo la señora Gaylord—. Mañana necesitará toda la energía de la que pueda disponer.

Jenny tomó su maleta, se detuvo unos segundos, y a continuación se marchó apesadumbrada por el vestíbulo hacia el pequeño dormitorio trasero.

–Buenas noches. Espero que duerma –murmuró la señora Gaylord.

Jenny se desvistió, se puso el camisón de volantes con estampado de rosas que se había comprado especialmente para la noche de bodas y se cepilló los dientes en la pequeña bacinilla junto a la ventana. El dormitorio era pequeño, con el techo inclinado, y había una sola cama sencilla cubierta con una colcha colonial de retales. Sobre el pálido empapelado floral había un bordado enmarcado, en el que se leía: «Dios está con nosotros».

Se subió a la cama y permaneció allí durante un rato, contemplando la escayola agrietada del techo. Ya no sabía qué pensar sobre Peter. Escuchó los crujidos de la vieja casa en la oscuridad. Luego apagó la luz de la mesilla e intentó dormir.

Poco después de escuchar las cuatro en el reloj de pie, creyó escuchar a alguien llorando. Se incorporó en la cama y volvió a escuchar, conteniendo la respiración. Al otro lado de la ventana observó que la noche era profundamente oscura y pudo oír las hojas repique-teando como si fueran gotas de lluvia. Entonces volvió a escuchar el llanto.

Con cautela, se bajó de la cama y se dirigió a la puerta. La abrió un poco y las bisagras chirriaron. Se detuvo y aguzó los oídos por si escuchaba de nuevo aquel gemido. Era como el aullido de un gato, o un niño doliente. Salió del cuarto y avanzó por el pasillo de puntillas hasta llegar al escalón superior de las escaleras.

La vieja casa era como un barco en alta mar. El viento sacudía las puertas y suspiraba al filtrarse por las tejas. La veleta giraba y chirriaba en sus goznes produciendo un sonido agudo, como el de un cuchillo arañando un plato. Las cortinas se agitaban en las ventanas como si estuvieran siendo movidas por manos invisibles.

Jenny avanzó unos pasos en silencio hasta el final del descansillo.

Volvió a escuchar el sonido... un gimoteo reprimido. Ahora ya no tenía ninguna duda de que el sonido procedía de la suite nupcial. Se sorprendió mordiéndose la lengua con nerviosa ansiedad y su pulso se aceleró extraordinariamente. Jenny se detuvo unos segundos para recobrar la calma, pero no podía negar que estaba asustada. Volvió a escuchar el sonido, más claro y más fuerte en esta ocasión.

Presionó la oreja contra la puerta de la suite nupcial. Creyó oír unos crujidos, pero pensó que podrían ser el viento y las hojas. Se arrodilló y miró por la cerradura, aunque la corriente que se filtraba hizo que sus ojos se llenasen de lágrimas. La suite nupcial estaba tan oscura que no pudo distinguir nada allí dentro.

Se levantó. Tenía la boca seca. Si había alguien en aquel cuarto... ¿quién era? Se escuchaban tantos susurros y agitación que parecía que hubiera dos personas allí dentro. Tal vez habían llegado unos huéspedes inesperados mientras ella dormía, aunque estaba bastante segura de que no había dormido nada. Tal vez era la señora Gaylord. Pero si era ella, entonces ¿qué hacía para producir aquellos aterradoros sonidos?

Jenny sabía que debía abrir la puerta. Debía hacerlo por ella misma, pero también por Peter. Puede que no fuera nada en absoluto. Podría tratarse de un gato callejero jugueteando allí dentro, o una extraña ráfaga de aire al colarse por la chimenea. Incluso podría tratarse de nuevos huéspedes, y si era ese el caso terminaría avergonzada. Pero avergonzarse era mejor que no saber qué pasaba. No iba a poder regresar a su pequeño dormitorio y conciliar el sueño si no averiguaba antes qué eran esos ruidos.

Apoyó la mano en el pomo de bronce. Cerró los ojos con fuerza e inspiró aire profundamente. A continuación, giró el pomo y abrió la puerta de una sacudida.

El ruido en el interior del cuarto era aterrador. Se asemejaba al aullido del viento, pero sin viento. Era como estar de pie al borde de un acantilado de noche, con un enorme abismo a los pies, invisible e insondable. Era una pesadilla hecha realidad. La suite nupcial

parecía estar poseída por un gemido ancestral, una especie de vendaval magnético. Era el sonido y la sensación del terror.

Temblorosa, volvió los ojos hacia la cama. Al principio, tras los postes retorcidos y cortinas, no distinguía lo que sucedía allí. La figura de una mujer desnuda se retorció y gemía y dejaba escapar suspiros de doloroso placer. Jenny aguzó la mirada en la oscuridad y vio que se trataba de la señora Gaylord, delgada y desnuda como una bailarina. Estaba tumbada de espaldas, sus manos crispadas se hundían en las sábanas y tenía los ojos cerrados en éxtasis.

Jenny entró en la suite nupcial y el viento cerró suavemente la puerta a sus espaldas. Avanzó por la alfombra hasta los pies de la cama con la mente embargada por el terror, y permaneció allí petrificada, contemplando a la señora Gaylord fijamente y con ojos fascinados. A su alrededor, la habitación susurraba y gemía y murmuraba, un santuario de espectros y apariciones.

Totalmente horrorizada, Jenny escuchó cómo la señora Gaylord gritaba con un placer intenso. *La propia cama, las sábanas, las colchas y el colchón habían adoptado la forma del cuerpo de un hombre, con contornos de lino blanco, y entre los delgados muslos de la señora Gaylord se alzaba una erección de tela con vida propia. Toda la cama se cimbrea y sacudía con terribles espasmos, y la forma de hombre parecía mutar y cambiar mientras la señora Gaylord se retorció a su alrededor.*

Jenny gritó. Ni tan siquiera fue consciente de que había gritado hasta que la señora Gaylord abrió los ojos y clavó la mirada en ella con violenta maldad. Las sacudidas de la cama pararon repentinamente y se desvanecieron, y la señora Gaylord se sentó sin hacer ningún amago de cubrir sus ajados pechos.

—¡Tú! —exclamó la señora Gaylord con voz ronca—. ¿Qué haces aquí?

Jenny abrió la boca, pero no pudo pronunciar ninguna palabra.

—¡Has venido a espiarme, a entrometerte en mi vida privada! ¿No es así?



–Yo... yo oí...

La señora Gaylord saltó de la cama, se acuclilló y recogió del suelo un chal de seda verde que se ató no muy ceñido. Su rostro estaba blanco y agarrotado con una expresión de desagrado.

–Supongo que te crees una chica muy lista –dijo–. Supongo que crees que has descubierto algo crucial.

–Ni siquiera sé qué...

La señora Gaylord se retiró el pelo hacia atrás con gesto impaciente. No parecía ser capaz de quedarse quieta y deambulaba de un lado a otro de la suite nupcial, cargada de tensión. Después de todo, Jenny la había interrumpido en pleno acto sexual, por muy extraño que este fuera, y se sentía frustrada. Dejó escapar un ruido similar a un gruñido y volvió a deambular por el cuarto.

–Quiero saber qué le ha pasado a Peter –dijo Jenny.

Su voz temblaba, pero por primera vez desde la desaparición de Peter su intención era firme.

–¿Qué crees tú que le ha pasado? –dijo la señora Gaylord con un tono sarcástico.

–No sé qué pensar. Esa cama...

–Esta cama ha estado aquí desde que se construyó la casa. Esta cama es la única razón de que se construyera este edificio. Esta cama es a un mismo tiempo siervo y señor. Pero más señor.

–No la entiendo –dijo Jenny–. ¿Funciona con algún tipo de mecanismo? ¿Algún truco?

La señora Gaylord dejó escapar una risa hiriente y burlona.

–¿Un truco? –preguntó agitándose nerviosa mientras seguía andando–. ¿Piensas que lo que acabas de ver era un truco?

–Es que no sé cómo...

La señora Gaylord la miraba con semblante agrio y profundo desprecio.

–Te diré cómo, niñita tonta. Esta cama fue propiedad de Dorman Pierce, que vivió aquí en Sherman en la década de 1820. Era un hombre arrogante, oscuro y salvaje, con gustos demasiado

extraños para la mayoría de las personas. Se casó con una joven inocente llamada Faith Martin y, tras hacerla su esposa, la condujo a esta suite nupcial y a *esta* cama.

Jenny escuchó de nuevo el gemido del viento. El frío viento primigenio que no agitaba las cortinas ni levantaba polvo.

—Lo que Dorman Pierce hizo a su nueva mujer en esta cama esa primera noche... bueno, sólo Dios lo sabe. Pero abusó de ella cruelmente y doblegó su voluntad, y convirtió su antiguo ser en un cascarón hueco. Desafortunadamente para Dorman, lo ocurrido llegó a oídos de la madrina de la joven y se rumorea que dicha mujer poseía buenos contactos con uno de los más antiguos círculos mágicos de Connecticut. Quizás incluso ella misma fuera miembro. Pagó para lanzar una maldición contra Dorman Pierce; la maldición de la sumisión completa. A partir de ese momento, *él* tendría que servir a las mujeres, en lugar de que las mujeres le sirvieran a *él*.

La señora Gaylord se volvió hacia la cama y la tocó. Las sábanas parecieron agitarse y arrugarse por sí solas.

—Se tumbó en la cama una noche y la cama lo absorbió. Su espíritu está en la cama y ahí sigue a día de hoy. Su espíritu, o su lujuria, o su virilidad, o lo que sea.

—¿La cama hizo eso? —preguntó Jenny con el ceño fruncido—. ¿Lo absorbió?

—Se hundió como un hombre que se hunde en arenas movedizas. Nunca más se le volvió a ver. Faith Martin permaneció en esta casa hasta la vejez y todas las noches, o siempre que lo deseaba, la cama debía servirla.

La señora Gaylord se ajustó el chal. Empezaba a hacer frío en la suite nupcial.

—Sin embargo —continuó—, lo que no se supo es que el encantamiento permaneció en la cama, incluso tras la muerte de Faith. La siguiente pareja joven que se mudó a esta casa durmió en esa cama la noche de bodas, y la cama de nuevo reclamó al marido. Y así una y otra vez siempre que un hombre se acostaba en ella. En todas las

ocasiones el hombre era absorbido. Mi propio marido, Frederick, fue... Bueno, está ahí dentro, también.

Jenny apenas se sentía capaz de seguir escuchando lo que la señora Gaylord tuviera que contarle a continuación.

—¿Y *Peter*? —preguntó la joven.

La señora Gaylord se tocó la cara, como si quisiera asegurarse de que ella misma era real, e ignorando a Jenny, dijo:

—Todas las mujeres que decidieron quedarse en esta casa y dormían en esta cama lo descubrieron. Y es que tras absorber a un nuevo hombre, la fuerza y virilidad de la cama aumentaba considerablemente. Esa es la razón por la que dije antes que es más señor que siervo. En estos momentos, con todos los hombres que ya ha reclamado, su poder sexual es asombroso.

Volvió a acariciar la cama y esta se estremeció.

—Cuanto más hombres engulle —susurró—, más exigente se vuelve.

—¿*Peter*? —murmuró Jenny.

La señora Gaylord sonrió vagamente y asintió, mientras seguía acariciando las sábanas.

—¿Sabía lo que iba a pasar y dejó que sucediera? —le reprochó Jenny—. ¿Usted *permitió* que mi *Peter*...?

Estaba demasiado impactada para continuar hablando.

—Oh, Dios, oh, Dios —dijo finalmente.

La señora Gaylord se volvió hacia ella.

—No tienes por qué *perder* a *Peter*, ¿sabes? —dijo con tono embauador—. Ambas podríamos compartir la cama si te quedases. Podríamos compartir a todos los hombres que contiene. Dorman *Pierce*, *Peter*, *Frederick*, y unas cuantas docenas más. ¿Tienes idea de lo que se siente cuando te hacen el amor veinte hombres al mismo tiempo?

—Ayer por la tarde —replicó Jenny, sintiendo náuseas—, cuando nosotros...

La señora Gaylord se inclinó hacia delante y besó las sábanas. Estas se retorcían y doblaban con una actividad febril, y ante los ojos aterrorizados de Jenny comenzó a elevarse formando la figura

de un enorme y poderoso hombre. Era como contemplar a un ser momificado alzarse de entre los muertos; un cuerpo elevándose con vida propia y hecho de una almidonada mortaja blanca. Las sábanas se convirtieron en piernas, brazos y un ancho pecho, y la almohada se irguió con la forma de un rostro masculino de prominente mentón. No era Peter, no era ningún hombre; era la suma de *todos* los hombres que habían quedado atrapados por la maldición de la suite nupcial y habían sido arrastrados al oscuro corazón de la cama.

La señora Gaylord se abrió totalmente el chal y dejó que se escu-riera al suelo. Miró a Jenny con ojos brillantes y dijo:

—Él está aquí, tu Peter. Peter y todas sus almas gemelas. Ven y únete a él. Ven y ofrécete a él...

Escuálida y desnuda, la señora Gaylord se puso a horcajadas sobre la cama y comenzó a pasar el dedo por la blanca silueta de sábanas. Jenny, cada vez más aterrada, cruzó el cuarto e intentó abrir la puerta, pero parecía estar firmemente atrancada. El viento inmóvil volvió a levantarse, y un gemido agónico invadió el cuarto. Ahora Jenny ya sabía qué era ese gemido. Eran los gritos de aquellos hombres atrapados eternamente en la mohosa sustancia de la cama nupcial, enterrados entre el relleno de pelo de caballo y los muelles y las sábanas, confinados y asfixiados por el capricho de una mujer vengativa.

La señora Gaylord tomó el miembro enhiesto de la cama y lo agarró presionándolo en su mano.

—¿Ves esto? —chilló—. ¿Ves lo fuerte que es? ¿Lo orgulloso que se levanta? ¡Podemos compartirlo, tú y yo! ¡Ven a compartirlo!

Jenny tiró y sacudió la puerta, pero seguía negándose a abrirse. Desesperada, atravesó de nuevo el cuarto e intentó bajar a la señora Gaylord de la cama.

—¡Aléjate! —gritó la señora Gaylord—. ¡Aléjate, puerca!

Se produjo una agitación tumultuosa sobre la cama, y Jenny notó que algo la golpeaba, algo tan pesado y poderoso como el brazo de un hombre. Se le enganchó el pie en las sábanas que colgaban

de la cama y cayó. La habitación se llenó de aullidos atronadores y alaridos de furia, y toda la casa comenzó a estremecerse y temblar. Jenny intentó apoyarse en sus pies, pero volvió a recibir un impacto y se golpeó la cabeza contra el suelo.

Ahora la señora Gaylord se había puesto a horcajadas entre la espantosa figura blanca de la cama, y la montaba con furia, gritando con todas sus fuerzas. Jenny consiguió separarse sujetándose a una cómoda de madera y luego cogió una vieja lámpara de queroseno que había sobre ella.

—¡Peter! —gritó, y lanzó la lámpara a la espalda desnuda de la señora Gaylord.

Nunca averiguó cómo se prendió tan rápidamente el queroseno. La suite nupcial al completo parecía estar cargada con una extraña electricidad y tal vez se produjo una chispa o descarga de poder sobrenatural. Fuera lo que fuese, la lámpara golpeó a la señora Gaylord en un lado de la cabeza y la lámpara explotó en una lluvia de fragmentos; acto seguido escuchó un suave ploff y tanto la señora Gaylord como la figura blanca sobre la cama quedaron calcinadas bajo las llamas de forma instantánea.

La señora Gaylord gritó. Se volvió hacia Jenny y clavó la mirada en ella mientras el pelo en llamas se rizaba y chisporroteaba en fragmentos pardos. Las llamas bailaban sobre el rostro, los hombros y los pechos, arrugando su piel como hojas de revista al quemarse.

Pero lo más aterrador de todo era la propia cama. Las sábanas en llamas se agitaban, se enroscaban y se consumían, y desde las profundidades de la cama llegó un bramido agónico que retumbó como un coro de demonios. Aquel rugido era la voz de todos los hombres enterrados vivos en la cama que aullaban mientras el fuego destruía el material en el que sus espíritus se habían encarnado. Era espantoso, caótico, insoportable y, lo más terrible de todo, Jenny podía distinguir la voz de Peter, aullando y gruñendo por el dolor.

La casa ardió hasta los cimientos durante el resto de la noche y el frío y pálido amanecer. A media mañana el fuego ya estaba bastante



controlado y los bomberos locales inspeccionaron los maderos y restos calcinados al tiempo que humedecían el mobiliario humeante y las escaleras desplomadas. Veinte o treinta personas se acercaron para mirar, y un equipo de noticias de la CBS realizó una grabación corta para la televisión. Uno de los ancianos ciudadanos de Sherman, con pelo blanco y pantalones holgados, informó a los periodistas de que siempre pensó que aquel lugar estaba encantado y que era mejor que se hubiera quemado.

Cuando apartaron el techo que se derrumbó sobre el dormitorio principal, descubrieron los restos calcinados de diecisiete hombres y una mujer, todos encorvados y enrollados como pequeños monos por el intenso calor.

Otra mujer había estado allí, pero en ese momento se encontraba sentada en el asiento trasero de un taxi de camino a la estación de tren, envuelta en un abrigo y con la maleta apoyada en el asiento junto a ella. Sus ojos, que contemplaban los árboles amarillos y marrones que iban quedando atrás, parecían tan apagados como un par de piedras.

